

mente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, anegado en su misma sangre, cuyo semblante parecía que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dexaba ver, tendido tambien por tierra, el retrato de una dama jóven, aunque en diferente actitud. Atravesaba su pecho una espada, y quando se representaba exhalando el último aliento tenia fixos los ojos en un gallardo jóven, que explicaba un mortal dolor viéndola tan próxima á perderla. El pincel habia estampado tambien en aquel lienzo otra figura, que no llamaba menos la atencion. Era un anciano de grave, hermosa y venerable traza, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista, no se mostraba menos afligido que el desconsolado jóven. Podriase decir que aquellas imágenes sangrientas excitaban en el mozo y en el anciano los mismos movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo poseído de una profunda tristeza parecia como rendido totalmente á ella; mas en el mozo se reconocia una especie de furor en medio de la afliccion. Todos estos afectos se representaban con expresiones tan vivas, que no nos hartábamnos de verlas y admirarlas. Preguntó mi ama qué suceso ó qué historia representaba aquella pintura. Señora (la respondió Doña Elvira) es una fiel, aunque muda relacion de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, que excitó en ella un vivísimo deseo de saber á fondo lo que en aque-  
llo

llo la queria decir la viuda de Don Pedro, y no se pudo contener sin manifestarla este deseo. Elvira se ofreció galantemente á satisfacerse. Y como esta cortesana oferta se hizo á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y á la mia, todos quatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama queria que nos retirásemos; pero Doña Elvira, que conoció nuestra gran gana de oír la explicacion de aquel quadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos detuviésemos; porque la historia que voy á referir (añadió con mucho agrado) no es de aquellas que están pidiendo secreto. Un momento despues dió principio á su relacion en los términos siguientes.

## CAPITULO IV.

*El Matrimonio vengado.*

## NOVELA.

Rogerio, Rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredó, se reveló contra él, y encendió en el Reyno una guerra no ménos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del Rey, que se contentó con privarle de la libertad en castigo de  
de

de su rebelion, clemencia que solo produjo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de muchos vasallos suyos, persuadidos á que habia perdonado la vida á su hermano para que en la lentitud fuese mayor y mas cruel la venganza. Todos los demas, con mas razon ó con mayor fundamento, atribuían á sola su hermana Matilde el duro tratamiento que Manfredo sufría en la prision. Con efecto esta Princesa siempre habia aborrecido á aquel desgraciado Príncipe, y no cesó de perseguirle mientras él mismo vivió. Murió Matilde poco despues de Manfredo, y su temprana muerte se consideró como un castigo de su desnaturalizado corazon.

Dexó dos hijos Manfredo, ambos en tierna edad. Dudó por algun tiempo Rogerio si se desharia de ellos, temiendo que en edad mas avanzada no les viniese el pensamiento de vengar el mal trato que se habia hecho á su padre, renovando un partido que todavía se sentia con fuerzas para suscitar peligrosas turbaciones en el estado. Comunicó su pensamiento al Senador Leoncio Sifredo, su primer Ministro. Este para desviarle de aquel intento se encargó de la educacion del Príncipe Enrique, que era el primogénito; y aconsejó al Rey que confiase la del mas joven, por nombre Don Pedro, al Condestable de Sicilia. Persuadido Rogerio á que estos dos fieles Ministros educarian á sus sobrinos con toda la sumision que á él se le debia, los entregó á su fidelidad y cuidado, tomando para sí el de su sobrina Constanza. Era esta de la edad de

de Enrique, hija única de la Princesa Matilde. Dióla maestras que la enseñasen y criados que la sirviesen, sin perdonar á medio alguno que conduxese á su correspondiente educacion.

Tenia Sifredo una Quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio que se decia Belmonte. Aquí se dedicó este Ministro á dar á Enrique una educacion que le hiciese digno de ocupar con el tiempo el Real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel Príncipe unas prendas tan amables, que se dió todo á él como si no tuviera otros hijos, aunque con efecto era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba Doña Blanca, y contaba un año ménos que el Príncipe, se veía dotada de una perfecta hermosura: la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, estaba aun en la cuna. Amáronse Blanca y Enrique luego que fueron capaces de amar, pero se amaban sin libertad para comunicarse. Sin embargo, no dexaba el Príncipe de lograr tal vez alguna ocasion. Aprovechó tan bien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo le permitiese poner en execucion un proyecto que estaba meditando. Sucedió oportunamente por aquel tiempo que Leoncio, de orden del Rey, se vió precisado á hacer un viage á una de las provincias mas remotas de la Isla. Durante su ausencia mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su quarto, que estaba inmediato al de Doña Blanca. Cerrola con una portezuela de madera tan

ajus-

ajustada á la abertura , y pintada con un cierto baño del mismo color de la superficie del tabique , de manera que no se distinguia de él , ni era facil que se conociese el artificio , abriéndose , y cerrándose á manera de un estuche : obra toda de un hábil arquitecto , á quien el Príncipe habia interesado en este servicio , executado con tanto primor como secreto.

Por esta puerta se introducía algunas veces Enrique en el quarto de Doña Blanca , pero sin abusar jamás de aquella peligrosa licencia. Si en haberla concedido Blanca tuvo mas parte su pasión que su prudencia , por lo menos fue con la precaucion de haber hecho prometer á Enrique que nunca pretenderia de ella otros favores que los mas inocentes. Hallóla una noche extraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso que habia entendido que Rogerio estaba gravemente enfermo , y que habia despachado una estrecha orden á Sifredo de que pasase á la Corte prontamente para otorgar ante él su testamento , como gran Canciller del Reyno. Figurábase ver á Enrique ya en el trono , y temia perderle quando se viese en aquella elevacion. Tenia bañados en lágrimas los ojos quando entró en su quarto Enrique. Señora (dixo) ¿qué novedad es esta? ¿quál es el motivo de esta profunda tristeza? Señor , respondió ella , no he sido dueña de reprimir mis lágrimas , ni de disimular mi dolor. El Rey , vuestro tio , dexará presto de vivir , y vos ocupareis su lugar. Quando se me representa la gran distancia

que

que va á poner entre vos y mí esta nueva grandeza , confieso que me lleno de inquietud. Un Monarca mira las cosas con ojos muy diferentes que un amante ; y aquello mismo que era todo su embeleso quando reconocia un poder superior al suyo , apenas le hace mas que una ligera impresion en la elevacion del trono. Sea presentimiento , sea razon , siento en mi pecho movimientos que me agitan , y que no puede calmar toda la confianza á que me alienta vuestra bondad. No desconfio de vuestro amor ; desconfio solamente de mi dicha. Adorable Blanca , respondió el Príncipe , tus temores por una parte me ofenden , y por otra me obligan , justificando ellos mismos la pasión que tus prendas han encendido en mi corazon. Tu desconfianza es efecto de tu amor , pero el exceso de ella es ofensa del mio , y casi estoy por decir que lo es tambien de aquel concepto tuyo , á que me parece soy acreedor. No , no pienses que mi destino , sea el que fuere , pueda jamás separarse del tuyo. Cree firmemente que tú sola serás siempre toda mi alegría , todo mi consuelo y toda mi felicidad. Destierra , pues , de tí ese vano temor. ¿Es posible que quieras turbar con él estos felicísimos momentos? ¡Ah señor! replicó la hija de Leoncio , luego que vuestros vasallos os vean coronado , os pedirán por Reyna una Princesa que descienda de una larga generacion de Reyes , y añada nuevos estados á los vuestros. Quien sabe (¡ay de mí!) si vos os dexareis rendir , sacrificando á la que se llama

ra-

razon de estado, y á sus instancias vuestros mas vivos deseos. Mas ¿á qué fin (repuso Enrique, no sin alguna conmocion) á qué fin afligirte de presente con unos pensamientos melancólicos de lo que puede suceder ó no suceder en lo futuro? Si el cielo dispusiere del Rey mi tío y señor, juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi Corte. Así lo prometo, poniendo por testigo á todo lo mas sagrado que se reconoce entre nosotros.

Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique. Lo restante de la conversacion se pasó en hablar de la enfermedad del Rey, en que manifestó Enrique la bondad y la nobleza de su corazon. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el Monarca su tío, pudiendo mas con él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aun no sabia Blanca todas las desdichas que la estaban esperando. Habiéndola visto un dia el Condestable de Sicilia á tiempo que salia del quarto de su padre, quedó ciegameute prendado de ella. Pidiósele á Sifredo al dia siguiente, y éste se la concedió gustoso y agradecido; pero sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de Rogerio se suspendió aquel tratado sin que Doña Blanca hubiese tenido la menor noticia de él.

Una mañana, quando Enrique acababa de vestirse, quedó estrañamente sorprendido viendo entrar en su quarto á Leoncio seguido de Doña Blanca. Señor, le dixo aquel Ministro,

ven-

vengo á participaros una noticia que sin duda os afligirá; pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acaba de morir el Rey vuestro tío. Por su muerte quedais heredero de la corona. La Sicilia es vuestra ya. Los Grandes del Reyno están aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, Señor, vengo por encargo de ellos á recibirlas de vuestra boca, y acompañado de mi hija Blanca para rendiros los dos el primero y mas sincero homenaje que deben rendiros todos vuestros vasallos. No cogió de nuevo al Príncipe esta noticia, por estar ya informado dos meses antes de la grave enfermedad que padecia el Rey, que poco á poco le iba consumiendo. Sin embargo, quedó suspenso algun tiempo, pero rompiendo despues el silencio, y volviéndose á Leoncio, le dixo estas palabras: sabio Sifredo, te miro, y siempre te miraré como padre. Haré gloria de gobernarme por tus consejos. Tú serás Rey de Sicilia mas que yo. Diciendo esto se acercó á una mesa donde habia una escribania, tomó un pliego de papel, echó en él su firma en blanco... Qué hacéis, Señor? le interrumpió Sifredo. Mostraros mi amor y mi reconocimiento, respondió Enrique; y dicho esto presentó á Blanca aquel papel y firma, diciéndola: recibid, señora, esta prenda de mi fé y del dominio que os doy sobre mi arbitrio y voluntad. Recibióla Blanca, cubierta su bella cara de un honestísimo rubor, y respondió al Príncipe: admito con respeto y agradecimiento las

gracias y benignidades de mi Rey; pero dependo de un padre, y espero que no llevareis á mal ponga en sus manos vuestro benignísimo pliego para que use de él como le aconsejare su prudencia.

Entregó efectivamente á su padre el pliego con la firma en blanco de Enrique. Conoció entonces Sifredo lo que hasta aquel punto se le habia escapado á su penetracion. Comprendió todo lo que el Príncipe le quería decir, y le contestó diciendo: espero que V. M. no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamás abusaré de ella. Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar tal caso, sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel; no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, ordena todo lo necesario para mi coronación, y dí á mis vasallos que voy prontamente á recibir el juramento de su fidelidad, y á darles las mayores seguridades de mi amor. Obedeció el Ministro á su nuevo amo, y partió á Palermo, llevando consigo á Doña Blanca.

Pocas horas despues partió tambien de Belmonte el mismo Enrique, mas ocupado de su amor que de la elevacion al trono que le estaba aguardando.

Luego que se dexó ver en la ciudad resonaron en el ayre mil gritos de alegría, y entre las aclamaciones del pueblo entró en palacio, donde halló ya concluidas todas las disposicio-

nes

nes para su coronacion. Encontró en él á la Princesa Constanza en largos y rigurosos vestidos de luto, mostrándose penetrada de dolor por la muerte de Rogerio. Hiciéronse los dos sobre este asunto reciprocos cumplidos, y ambos los desempeñaron con discrecion y con espíritu, con un poco de mas frialdad por la parte de Enrique que por la parte de Constanza, la qual no obstante los disturbios de la familia, nunca habia querido mal á este Príncipe. Ocupó el Rey el trono, y la Princesa se sentó á su lado en un taburete algo mas baxo que él. Los Magnates del Reyno se sentaron donde á cada uno segun su clase ó empleo le correspondia. Empezó la ceremonia, y Leoncio, que como gran Cancellor del Reyno era depositario del testamento del difunto Rey, dió principio á ella leyendo en alta voz el mismo testamento. Contenia este en substancia, que hallándose el Rey sin hijos nombraba por sucesor en la Corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condicion de casarse con la Princesa Constanza, y quando no quisiese darla la mano de esposo, quedase excluido de la Corona de Sicilia, y pasase al Infante Don Pedro, su hermano menor, baxo la misma condicion.

Quedó Enrique altamente sorprendido al oir esta cláusula. No sé puede expresar el dolor que le causó; pero creció hasta lo sumo quando acabada la lectura del testamento, vió que Leoncio, hablando con toda la asamblea, dixo así: señores, habiendo puesto en noticia de nues-

E 2

tro

tro nuevo Monarca la última disposición del difunto Rey, este generoso Príncipe consiente en honrar con su Real mano á su prima la Princesa Constanza. Interrumpió el Rey al Canciller, diciéndole conturbado; acordaos, Leoncio del papel que Blanca... Señor (respondió Sifredo, cortándole con precipitación, sin darle tiempo á que se explicase mas) ese papel es este que presento á la asamblea. En él reconocerán los Grandes del Reyno el augusto sello de V. M., la estimación que hace de la Princesa, y su ciega deferencia á las últimas disposiciones del difunto Rey su tío. Acabando de decir estas palabras, comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le había llenado. En él prometía el nuevo Monarca á sus pueblos en la forma mas auténtica casarse con la Princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio. Resonaron en la sala los aplausos y los vivas del magnánimo Rey Enrique, en que prorrumplieron todos los presentes. Como era notoria á todos la poca inclinación con que este Príncipe habia mirado siempre á la Princesa, temian, no sin razón, que despreciando la injusta condición del testamento, excitase movimientos en el Reyno, y se encendiese en él una guerra civil que le desolase; pero asegurados los Grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oír, esta seguridad dió motivo á las universales aclamaciones, que despedazaban en secreto el corazón del nuevo Rey.

Cons-

Constanza, que por su propia gloria y por cierto movimiento de cariño tenia en todo esto mas interes que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasión para asegurarle de su eterno reconocimiento. Hizo quanto pudo el Príncipe para disimular su turbación, pero era tanta la que le agitaba quando recibió el cumplido de la Princesa, que ni aun acertó á corresponder con aquello poco que pedía la cortesana atención. Rindióse en fin á la violencia que se hacia, y acercándose al oído de Sifredo, que por razón de su empleo estaba al lado de su persona, le dixo en voz baxa: ¿qué es esto, Leoncio? El papel que tu hija puso en tus manos, no fué para que usases de él de esta manera. Acordaos, Señor, de vuestra gloria, le respondió Sifredo con tesón y firmeza. Si no dais la mano á Constanza, y no cumplís la voluntad del Rey vuestro tío, perdióse para vos el Reyno de Sicilia. Apenas dixo esto se separó del Rey para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso. No podia resolverse á abandonar á Blanca, ni á dexar de partir con ella la magestad y la gloria del trono: estando dudoso largo rato del partido que habia de tomar. Determinóse al cabo, pareciéndole haber encontrado arbitrio para conservar la hija de Sifredo sin verse precisado á la renuncia del trono. Afectó quererse sujetar á la voluntad de Rogerio, lisonjeándose de que mientras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima, ganaria con gracias á los Grandes del Reyno,

y

y afirmaria su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condicion del testamento.

Abrazada esta idea quedó un poco mas tranquilo, y volviéndose á Constanza la confirmó lo que el gran Canciller la habia dicho en público. Pero en el mismo punto en que hacia traicion á su propio corazon ofreciendo su fé á la Princesa, entró Blanca en la sala de la junta, donde venia de orden de su padre á cumplimentar á Constanza, y llegaron á sus oidos las palabras que Enrique la decia. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, la dixo, presentándola á Constanza: rinde, hija mia, tu fidelidad y respeto á la Reyna tu Señora, deseándola todas las prosperidades de un floreciente reynado, y de un feliz himenéo. Golpe terrible, que traspasó el corazon de la desgraciada Blanca. Inútilmente se esforzó á disimular su dolor. Inmutósele el semblante encendido de repente, pasando en un momento de encendido á pálido, con un temblor ó estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo no entró en sospecha alguna la Princesa. Atribuyó el desorden de sus palabras al natural embarazo y cortedad de una doncella criada léjos de la Corte, y poco acostumbrada al despejo de los palacios. No sucedió lo mismo con el Rey. Perdió toda su compostura y magestad á vista de Blanca, y salió fuera de sí mismo, leyendo en sus ojos la desesperacion que la agitaba. No dudó, que creyendo las aparien-

riencias, ya en su corazon le tenia por un traidor. No sería tan grande su inquietud si pudiera hablar; pero ¿cómo era esto posible á vista de toda la Sicilia que tenia puestos los ojos en él? Por otra parte el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este Ministro todo lo que pasaba en el corazon de los dos amantes, y queriendo prevenir las calamidades que podia causar al Estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la asamblea á su hija, y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto por muchas razones á casarla quanto antes.

Luego que llegaron á aquel parage la hizo conocer todo el horror de su destino. Declaróla que la habia prometido al Condestable. ¡Santo cielo! (exclamó transportada de un dolor que no bastó á contener la presencia de su padre) y qué espantosos suplicios tenias reservados á la desgraciada Blanca! Fué tan violento su transporte que todos los sentidos del cuerpo y todas las potencias del alma quedaron suspensos. Helado su cuerpo, frio y pálido, se dexó caer entre los brazos de Leoncio. Conmoviéronse las entrañas de éste quando la vió en aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecia su hija, se mantuvo inmóvil en su primera resolucion. Volvió Blanca en sí recobrados los espíritus, mas por la violencia de su mismo dolor que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus lánguidos ojos, y reconociendo la priesa que se daba á socorrerla: señor, le dixo con

con voz desmayada y casi imperceptible, me avergüenzo de que hayais visto mi flaqueza; pero la muerte, que ya no puede tardar en poner fin á mis tormentos, os librárá presto de una hija desdichada que sin permiso vuestro pudo disponer de su corazón. No, amada Blanca, respondió Leoncio, no morirás: antes bien espero que tu virtud volverá presto á exercer sobre tí su imperio. La pretension del Condestable te hace honor. Bien sabes que es el primer hombre del Estado... Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero, señor, el Rey me habia hecho esperar... Hija, dixo Sifredo cortándola la cláusula, sé todo lo que me puedes decir en este asunto. No ignoro el afecto con que miras á este Príncipe, y ciertamente que en otras circunstancias no lo desaprobára; antes yo mismo procuraria con todo ardor asegurarte la mano de Enrique, si el interes y la gloria del Estado no le pusieran en precision de dársela á Constanza. Con esta única é indispensable condicion le declaró por sucesor suyo el difunto Rey. ¿Quieres tú que prefiera tu persona á la Corona de Sicilia? Créeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te agita. Con todo eso, supuesto que nuestra libertad es muy superior á nuestros destinos, y que el hombre sábio dominará á los astros, excita ese tu grande espíritu á un generoso esfuerzo. Tu misma gloria se interesa en queagas ver á todo el Reyno que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aérea: fuera de que tu pasion por el Rey podía

dar motivo á rumores poco ventajosos á tu honor; y para desvanecerlos ó prevenirlos el único medio es casarte con el Condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar. El Rey te dexa por un trono, y da su mano á Constanza. El Condestable tiene mi palabra, desempéñala tú, te ruego; y si para resolverte fuere necesario, que me valga de toda mi autoridad, absolutamente te lo mando.

Dichas estas palabras la dexó, dándola lugar para hacer reflexion sobre quanto acababa de decirla. Esperaba que despues de haber pasado bien las razones de que se habia valido para sostener su virtud contra lo que la arrastraba la inclinacion, se determinaria por sí misma á dar la mano al Condestable. No se engañó en esto; pero ¡quánto costó á la infeliz Blanca tan dolorosa resolucion! Hallábase en el estado mas digno de lástima. El dolor de ver que habian pasado á evidencias sus sospechas sobre la deslealtad de Enrique, y la precision en que su pérdida la ponía de entregarse á un hombre á quien no la era posible amar, la excitaban ímpetus de afliccion tan violentos que cada respiracion era un nuevo suplicio para ella. Si es cierta mi desdicha (exclamaba quando estaba sola) ¿cómo es posible resistirla sin que me cueste la vida? Implacable y bárbaro destino, ¿á qué fin apacentarme con las mas dulces esperanzas para precipitarme al fin en un abismo de males? Y tú, pérfido amante, tú te has entregado á otra despues de haberme prometido á mí una